

LECCIÓN 17.^a LA IGLESIA Y EL REINO

1. Reino e Iglesia

La historia del Reino está relacionada con la historia de la Iglesia. Y también con la historia del mundo.

Existe una relación estrecha entre el Reino y la Iglesia, pero ambos no son idénticos, ni siquiera en la época presente.

El Reino abarca la totalidad de la acción e influencia de Cristo en el mundo; la Iglesia es la asamblea o congregación de los que creen en Jesucristo, le pertenecen y le siguen.

Podríamos explicar la conexión entre Reino e Iglesia mediante dos círculos concéntricos, de los que la Iglesia es el menor y el Reino es el mayor. Cristo es el centro de ambos. La relación entre ambos quedará más clara examinando sus respectivas esferas.

2. La Iglesia

La Iglesia es la congregación de todos los que han aceptado por fe el Evangelio del Reino, los cuales participan de la salvación que el Reino brinda: la salvación mesiánica del Rey, que comporta el perdón de los pecados; la adopción por parte de Dios como hijos en su familia; la morada del Espíritu en los corazones, y la posesión de la vida eterna. En la Iglesia, el Reino halla visible expresión; los miembros de la Iglesia son la luz del mundo, la sal de la tierra, los que han tomado sobre sí el yugo del Reino, viven conforme a las normas del Rey y aprenden constantemente de él (Mat. 11:28-30). La Iglesia, como órgano del Reino, es llamada a confesar a Jesucristo por medio de la tarea misionera, la predicación y el testimonio ordinario. La Iglesia es asimismo la comunidad de los que esperan la venida del Señor, pero que, mientras esperan, saben que han de «negociar» con unos talentos recibidos con miras a ser utilizados de inmediato y, al mismo tiempo, con vistas al futuro. La Iglesia recibe del Reino su propia constitución; en todos los sentidos es orientada y, dirigida por la revelación del Reino, el progreso del Reino y la esperanza de la venida del Reino en gloria. Pero en ningún tiempo puede la Iglesia identificarse en su totalidad con el Reino.

3. El Reino

El Reino no se limita, pues, a las fronteras de la Iglesia. El señorío de Cristo es supremo sobre todo y sobre todos. Allí donde prevalece y es reconocido, no sólo encuentran libertad los individuos, sino que se transforma todo el talante de la existencia; desaparece el maleficio satánico y el temor a unas fuerzas hostiles. El cambio que el Cristianismo comporta entre los pueblos dominados por el panteísmo, el animismo, el naturismo, etc., es prueba elocuente de lo que el poder del Reino tiene de extensión y de intensidad. No sólo opera en las estructuras exteriores, sino que trabaja desde el interior de los elementos y, con su poder transformador, se abre paso por entre las diversas culturas de la humanidad. Lo trágico de nuestra época estriba en no comprender esta tremenda influencia del Evangelio del Reino y del Reino del Evangelio, mientras la gente va en busca de cisternas rotas. No tienen ojos para ver todo lo que el Cristianismo ha hecho en la vida y en la historia de aquellos pueblos que se han dejado influir por él.

4. El «Ya» y «Todavía no»

Fue un error de la Iglesia oficial, ya desde Agustín, en toda la Edad Media y buena parte de la Moderna, el concepto de «civitas Dei», en que la idea de Iglesia se identificaba enteramente con la de Reino, hasta el punto de que el poder espiritual permeaba y dominaba todos los aspectos visibles de la vida social, política y económica. Tal identificación resultaba peligrosa, por confundir los conceptos de Iglesia (bajo el señorío espiritual de Cristo) y Reino (señorío total sobre todas las esferas de la creación y sobre todas las estructuras de la sociedad). Así se explica la equivocada interpretación de la parábola del trigo y de la cizaña, y la antibíblica simbiosis de lo espiritual y lo temporal. Acertadamente señala H. Bürki que «el mundo nunca ha sido llamado cuerpo de Cristo, privilegio que pertenece solamente a la Iglesia». (V. Ef. 1:23.) «La Iglesia tiene su lugar propio en esta economía del Reino de Dios —afirma Ridderbos—, Lo que el Reino de Dios significa para todo el mundo debe ser visto en la Iglesia. Esta es la distinción y la relación entre la Iglesia y el mundo, entre el círculo más reducido y las más amplias esferas del Reino.» Comentando estas palabras añade H. Bürki: «La Iglesia no es el mundo, porque el Reino de Dios ya está presente en ella. Tampoco es el Reino, porque el Reino no ha alcanzado todavía en ella su plenitud.»²⁴

Incluso dentro del mismo pueblo creyente, el Reino no ha alcanzado todavía dicha plenitud. Pero dondequiera que el Evangelio se proclama y van siendo salvos seres humanos, allí Cristo quiere y debe ser reconocido como Señor supremo sobre todo y sobre todos.

5. Desarrollo de la escatología del Reino

Ya dentro de la escatología judía, el concepto de Reino de Dios se desarrolló en la expectación de que había de llegar el día en que Dios destruiría todos los poderes nocivos. tanto en el cielo como en la tierra, otorgando un clima redimido a su pueblo redimido. Jesús hizo también de la proclamación del Reino el punto de arranque (V. Mar. 1:15) y el tema central de su predicación, pero su escatología difería radicalmente de la judía, como hace notar Bürki, «en que Jesús enseñó que el Reino había venido juntamente con El, que se hallaba cercano y que ya estaba empezando». Ridderbos distingue entre una dimensión intensiva y otra extensiva del Reino. El elemento intensivo tiene que ser visto en la salvación presente, es decir, en el perdón y la reconciliación del ser humano, que no es asunto del futuro, sino «una realidad escatológica del presente». El Hijo del Hombre perdona pecados en la tierra (Mar. 2:10; Lúc. 5:24). Doquiera en el mundo tenga lugar el perdón de los pecados, allí está el Reino de Dios, presente sobre esta tierra, y allí es implantada la voluntad de Dios en el corazón humano por el Espíritu Santo. Pero la dimensión extensiva del Reino ha de ser vista en su futuro advenimiento. Ahora bien, la venida del Reino no es algo sin relación con el presente, sino que es un futuro que ya en el presente avanza continuamente hacia nosotros. Es la realidad de Dios que era, que es y que ha de venir (Apoc. 1:8), y su Reino tiene las mismas características. »En la venida y obra de Cristo —como señala Ridderbos— los poderes del futuro han entrado en el tiempo presente y están todavía entrando.» Cristo es el Señor, el Rey, la vida y el centro del Reino. La obediencia amorosa a Cristo es lo que llena a los cristianos de esta bendita seguridad de que los poderes de la edad futura están ya irrumpiendo en este mundo de muerte y de pecado como torrentes de vida, de luz y de salvación. Las aguas vivificantes fluirán de este modo de lo más íntimo de cada cristiano y de cada manifestación visible de la Iglesia; esto es una señal presente del avance del Reino.

El Reino, pues, abarca la totalidad de la acción de Dios en el mundo, mientras que la Iglesia es la asamblea de los que ya son de Cristo. Vivimos en el «ínterin», entre las dos grandes épocas de la manifestación del Reino. La resurrección de Cristo arroja luz a ambos lados, al pasado y al futuro- Es la prueba de lo que ha ocurrido ya, y la garantía de lo que acontecerá en el porvenir. De ahí que se alternen los tiempos «presente» y «futuro» en el lenguaje evangélico del Reino, para así expresar la presente situación paradójica del «ya y todavía no» del Reino. Vivimos, en cuanto Iglesia, con los talentos que Dios nos ha dado para ser usados aquí y

ahora; tenemos la responsabilidad de ser luz y sal del mundo, pero vivimos también cara al futuro, esperando la manifestación plena del Señor y preguntándonos: «¿Me hallará fiel el Señor cuando venga? ¿Se agrada de mi trabajo realizado con sus dones?»

Como las vírgenes prudentes de la parábola del Señor, hemos de tener las lámparas encendidas, siempre a punto, para iluminar con su luz las realidades terrenas y también para salir al encuentro de Jesucristo. De ahí que la Iglesia (nosotros) anticipa el Reino en el mundo y su Evangelio es el Evangelio del Reino.

6. Hacia el triunfo final del Reino

El último libro de la Biblia, que dibuja la realeza de Cristo en la historia del mundo, y sus avances hasta llegar al final culminante y pleno, ilumina de modo especial la antítesis entre el Cristo triunfante (Apoc. 5:1 y ss.) y la derrota final de Satán y del Anticristo, cuyos poderes todavía ejercen dominio en la tierra para contender en contra del Señor y de su Iglesia.

Por más que el Reino invada la historia del mundo con sus bendiciones y su liberación de toda suerte de tiranías; por más que se presente como un poder salvador de todas las alienaciones —ateas, humanistas, religiosas, etc.— y de todas las esclavitudes, será solamente al final, por medio de una crisis universal y definitiva, cuando el Reino de Dios establecerá unos nuevos cielos y una nueva tierra en donde morarán la justicia, la belleza, la sabiduría y el amor. Y todo ello será entonces notorio y manifiesto, porque el Rey de reyes habrá vencido definitivamente a todas las fuerzas enemigas y habrá inaugurado la fase final y perenne de su reinado de paz.

Recordemos que Dios es soberano sobre todo. El reino del mal será definitivamente aplastado y los reinos de este mundo pasarán a ser los reinos de nuestro Rey y Salvador.

El futuro, pues, es nuestro, si nosotros somos de Cristo, el único que tiene la clave del final de la historia y del triunfo perenne del Reino por toda la eternidad.²⁵

Notas:

24. En *El cristiano y el mundo* (EEE. Barcelona. 1971), pp. 38 y ss.

25. La comprensión de las relaciones «Iglesia - Reino» resulta difícil sin una adecuada inteligencia de la conexión entre los llamados «orden de la creación» y «orden de la salvación». (Véase H. Burla, o. c., y también mi ensayo *Goza de la vida*, EEE. Barcelona, 1973.)